

Manchito



VOLUMEN III ♦ BOGOTA, NOVBRE. 8 DE 1934 ♦ NUMERO 60

EL BANCO DE LA REPUBLICA


interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS



*Ahora comprendo
por qué fuma papá!*

Una planchita eléctrica
que aplancha de veras 

Nada igual para
alisar la ropa
de las muñecas

Preciosa - y no cuesta mucho

*Vén a escogerla
al almacén de la*

Energía

Calle 13, No. 10-69

1

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y estación, en todos tamaños, desde \$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, camitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

Biblioteca Infantil.

PARQUE DE LA INDEPENDENCIA

OBRAS DE SCHMIDT:

La Nochebuena

Los dos hermanos

Eustaquio

El Condesito

La cruz de madera

El canastillo de flores

El nido del pájaro

La paloma

El honrado Fridolín

La condesa Ida

Rosa de Tanemburgo

La granja de tilos

Los huevos de pascua

La guirnalda de flores

HORAS DE LECTURA:

Todos los días, excepto los lunes, de las 9 a las 12 y de las 12½ a las 5.

Los domingos, de las 10 a las 12.

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

**¿Quieres que te duren
las ondas del peinado?**

*Díle a tu mamá
que las rocíe con*
Loción Poppy

**Tiene un perfume
delicioso**

La vende
baratísima

**la PERFUMERIA de
CUNDINAMARCA**

Calle Real con calle 15
BOGOTA

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Calle 57 - 8-13—Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.) \$ 1.20
6 meses (26 ") \$ 2.30
1 año (50 ") \$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: **Chanchito.**

VOLUMEN III

BOGOTA, NOVIEMBRE 8 DE 1934

NUMERO 60

LA BANDERA

Decididamente no me gusta el abuso que hacemos en este país de la bandera y la familiaridad con que la tratamos. Siempre que los niños de una escuela o colegio salen en formación, con vestidos nuevos y zapatos apretados, para tomar parte en algún acto público, aparece la bandera empuñada por manos indiferentes o cansadas. Y siempre que hay una manifestación callejera de aplauso o de protesta, con *vivas* o con *mueras*, con flores o con piedras, sale a relucir la bandera, traída y llevada sin respeto por quienes no son dignos de limpiarle el polvo que la cubre. Y esto me parece muy mal. Porque la bandera es sagrada, santa, como lo dice en una bellísima poesía don José Joaquín Ortiz, y debe ser mirada con veneración y tratada con acatamiento. La bandera es la imagen de la Patria, el símbolo de nuestras glorias, y sus colores deben despertar siempre recuerdos de hechos magnos y heroicos.

Bien está que sea izada en lo más alto de los edificios públicos en las fechas memorables de nuestra historia. Bien está que sus colores ciñan el pecho del Presidente de la Re-

pública o que en sus pliegues se envuelva el cuerpo inanimado del eminente servidor, del valiente militar que murió al clavarla en el campo enemigo, o del audaz aviador que se estrelló en las alturas por buscarle al país nuevos rumbos y caminos. Bien está que la bandera recorra las calles, en medio del batallón, acompañada por músicas marciales y empuñada por un oficial que ha jurado defenderla y morir por ella, y que ha recibido el título de abanderado después de muchos años de servicios y sacrificios. En esas ocasiones la bandera, ante la cual se descubren todas las frentes, inspira sentimientos emocionados, heroicos propósitos, y arranca patrióticos cantos y bellas estrofas. Así debe ser. En toda otra circunstancia el empleo y la exhibición irreverente de la bandera debiera estar terminantemente prohibido.

En algunas escuelas de los Estados Unidos el pabellón americano está colocado en un elevado puesto adonde no alcanzan las manos de los niños. Estos, cuando llegan por la mañana, después de saludar por turno con una frase musical a la maestra que les sonrío, se cuadran

y con la mano sobre el corazón, hacen una promesa corta y solemne de lealtad a la bandera; después rezan una oración, y principian las tareas. Bello ejemplo, digno de seguirse.

Acostumbrémonos a mirar el tricolor colombiano con respeto y veneración, a hablar de él con emoción y sólo para exaltarlo, como lo hago yo ahora, y a no tocarlo jamás.



EL NIÑO Y EL BUEY

EL NIÑO.—*¿En que piensas todo el día
tendido sobre la yerba?
Pareces un gran doctor
embelesado en la ciencia.*

*Mascar bien me importa más.
que una lección en la escuela.
Con las muelas masco yo,
tú, niño, con la cabeza.*

EL BUEY.—*La ciencia, niño querido,
no es lo que a mí me alimenta;
ese es fruto del estudio
con que Dios al hombre obsequia.*

*Pero si anhelas ser sabio
ojalá viéndome aprendas
a rumiar, y rumiar mucho,
cada bocado de ciencia.*

*Fuera el pensar para mí,
pobre animal, ardua empresa;
prefiero hacer treinta surcos
antes que aprender dos letras.*

*El digerir, no el comer,
es lo que al cuerpo aprovecha,
y el alma, cuerpo invisible,
tiene que seguir tal regla.*

*Sin rumiarla bien, no engullas
ni una línea, ni una letra;
el que aprende como un loro,
loro ignorante se queda.*

RAFAEL POMBO

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

POR JULIO VERNE

(Continuación).

Pero, como él estaba a contraviento del bergantín, supuso que venía de allí, aunque no podía adivinar el objeto que se proponían sus compañeros al quemar grasa, sabiendo que esta operación es muy peligrosa por tener la virtud de atraer con sus emanaciones a los osos blancos.

Sumamente preocupado, emprendió Luis Cornbutte el regreso al bergantín, no tardando su preocupación en convertirse en terror al divisar en el horizonte unas masas blancas que se movían, porque llegó a temer que se tratara de un terremoto de hielos.

Como algunas de aquellas masas se interpusieron entre él y el bergantín, creyó que subían por las bardas del barco, y se detuvo para observarlas más atentamente. Entonces vió que eran una manada de osos gigantescos y se quedó aterrorizado.

Los plantígrados habían sido atraídos por el olor de la grasa que tanto había sorprendido a Luis Cornbutte.

Este se apresuró a refugiarse detrás de un cerro, y desde allí vió que tres osos escalaban los bloques de hielo que servían de sostén a "La Joven Audaz".

Como no había indicio alguno que revelase que en el interior del bergantín fuese conocido el peligro, Luis Cornbutte, con el corazón oprimido por una terrible angustia, tembló por su padre, por su amada y por sus compañeros. ¿Cómo contener a tan formidables fieras? ¿Se unirían todos los hombres de la tripulación, amigos y enemigos, para defenderse del común peligro? ¿Podrían Penellán y sus compañeros hacer resistencia a los plantígrados carniceros, estando hambrientos los osos, y famélicos y entorpecidos por el frío los hombres? ¿No sería él mismo atacado de improviso por las fieras?

Todas estas reflexiones cruzaron en un

momento por la mente de Luis Cornbutte, cuyo espanto era cada vez mayor.

Los osos, que habían trepado ya sobre los bloques de hielo en que se asentaba el bergantín, subían para asaltarlo. Entonces se decidió Luis Cornbutte a abandonar el lugar en que había buscado refugio y, aproximándose a rastras al barco, vió que las fieras rasgaban con las zarpas el toldo que cubría el puente y saltaban a éste.

Se le ocurrió disparar su fusil para dar a sus compañeros aviso del peligro que corrían; pero, si por casualidad subían éstos al puente desprevenidos y sin armas, serían inevitablemente despedazados, porque, como ya hemos dicho, nada revelaba que tuviesen conocimiento del peligro que los amenazaba.

Luis Cornbutte, pues, se abstuvo de disparar.

XV

LOS OSOS BLANCOS

Después que Luis Cornbutte hubo salido del bergantín para ir a cazar, cerró Penellán cuidadosamente la puerta de la cámara, que estaba en la parte inferior de la escalera del puente, y volvió al lado de la estufa para encargarse de guardarla, mientras sus compañeros se metían en el lecho, donde esperaban encontrar algún calor.

Eran las seis de la tarde, y el timonel, creyendo llegada la hora de preparar la cena, bajó a la bodega para buscar la carne salada que se proponía cocer.

Al subir de nuevo a la cámara, quedóse sorprendido al ver que su puesto estaba ocupado por Andrés Vasling, que en aquellos momentos derretía varios trozos de grasa en una cazuela.

—Estaba yo aquí antes que usted —dijo con acritud Penellán a Andrés Vasling—. ¿Por qué ha ocupado mi puesto?

—Por la misma razón que le induce a reclamarlo: porque necesito preparar mi cena.

—Quite de ahí todo eso inmediatamente, si no quiere que nos veamos las caras.

—No nos veremos nada, y haré mi cena a pesar de usted.

—No la probará— replicó Penellán acometiendo a Andrés Vasling.

Este empuñó su cuchilla, gritando:

—¡A mí los míos!

Estos acudieron inmediatamente, armados de pistolas y puñales. Sin duda alguna, el golpe había sido premeditado.

Penellán acometió a Andrés Vasling, que le hizo frente sin la ayuda de nadie, en tanto que sus cómplices corrieron hacia las camas de Misonne, Turquette y Nouquet.

Este último, indefenso y extenuado por la enfermedad, fue víctima de la ferocidad de Herming.

El carpintero abandonó precipitadamente el lecho en que yacía, se apoderó de un hacha y salió al encuentro de Aupic.

Turquette y Jocki luchaban entre sí encarnizadamente, y Gervique y Grandlin, prostrados por horribles sufrimientos, ni aun se dieron cuenta de lo que ocurría.

Herming, después de asestar una terrible puñalada a Pedro Nouquet en el costado, se lanzó contra Penellán, que luchaba furiosamente con Andrés Vasling.

Este tenía agarrado al timonel por el cuerpo; pero, cuando empezaron a reñir, la cuerpo; pero, cuando empeñaron a reñir, la cazuela en que el segundo del bergantín estaba preparando la cena, se había derramado sobre la lumbre, y la grasa, al quemarse, impregnaba la atmósfera de emanaciones infectas.

María, al oír el ruido de la lucha, se levantó también, lanzando gritos de desesperación, y corrió desalentada hacia la cama en que el anciano Juan Cornbutte estaba agonizando.

Andrés Vasling, menos fuerte que Penellán, sintió que sus brazos eran vigorosamente rechazados por los de éste; pero ninguno de los dos podía hacer uso de las armas, porque estaban demasiado juntos.

—¡A mí, Herming!— gritó el segundo del barco, al ver a su cómplice.

—¡A mí, Misonne!— gritó también Penellán.

Pero Misonne no podía acudir en auxilio del timonel, porque en aquel momento rodaba sobre el puente del bergantín, abrazado a Aupic, que trataba de herirlo con la cuchilla.

El hacha que esgrimía el carpintero era arma poco a propósito para la defensa, porque, en la situación en que se encontraban los combatientes, no se podía manejar, y a Misonne le costaba mucho trabajo eludir las puñaladas que su adversario le asestaba.

La sangre no cesaba de correr, y los marineros de uno y otro bando no dejaban de proferir gritos y rugidos.

Turquette, después de ser derribado por Jocki, que era hombre de fuerzas hercúleas, había recibido una puñalada en un hombro y pugnaba inútilmente por apoderarse de una pistola que el noruego tenía en el cinto; pero le era imposible moverse, porque su enemigo lo apretaba como un torno.

Al grito de Andrés Vasling, a quien Penellán apretaba contra la puerta de entrada, acudió Herming. Este pretendió herir con su cuchillo al bretón por la espalda, pero, en el momento de asestar el golpe, recibió un vigoroso puntapié, que lo hizo rodar por el suelo.

El esfuerzo realizado por el timonel permitió a Andrés Vasling desasir su brazo derecho; pero, cediendo en aquel momento la puerta en que uno y otro se apoyaban, cayó de espaldas el segundo del bergantín.

De pronto, oyóse un rugido terrible y apareció un oso gigantesco en las gradas de la escalera.

Andrés Vasling, que no estaba a cuatro pasos de él, fue el primero que vió al animal.

Sonó entonces una detonación, y el oso, herido o espantado, retrocedió; pero fue perseguido por Andrés, que acababa de levantarse y que, en aquel instante, se olvidó de Penellán.

El timonel volvió a colocar en su sitio la

puerta que acababa de caerse y miró en torno suyo. Misonne y Turquette, fuertemente atados por sus enemigos, habían sido arrojados a un rincón y hacían vanos esfuerzos por romper sus ligaduras. Penellán se apresuró a socorrerlos; pero, antes de conseguirlo, fue derribado por los dos noruegos y Aupic. Sus fuerzas, ya agotadas, no le permitían resistir a aquellos tres hombres, que también lo ataron para impedir que se moviera.

Luégo, corrieron los criminales hacia el puente donde, juzgando por los gritos que profería Andrés Vasling, creyeron que éste estaba luchando con Luis Cornbutte; pero vieron que combatía con un oso, al que había asestado ya dos puñaladas.

La fiera, agitando sus dos formidables patas delanteras en el aire, trataba de apresar a Andrés Vasling, que poco a poco había ido estrechándose contra la borda. Ya se consideraba perdido cuando sonó el ruido de otra detonación.

Andrés Vasling levantó entonces la cabeza y vió a Luis Cornbutte, que estaba encastrado sobre el palo trinquete, desde donde había hecho el disparo, dejando muerto al oso.

La generosidad de Luis Cornbutte no fué agradecida por el miserable Vasling, en cuyo corazón prevaleció el odio; pero, antes de desahogar su cólera, miró en torno suyo, quizá para convencerse de que era el más fuerte.

Aupic, a quien un oso había roto de una patada la cabeza, yacía sin vida sobre el puente. Jocki, con el hacha en la mano, se esforzaba por parar los golpes que le asestaba el mismo animal, furioso por las dos puñaladas que había recibido. El tercer oso se dirigía a la proa del bergantín.

Andrés Vasling, sin hacer caso de esta tercera fiera, y seguido por Herming, acudió al socorro de Jocki, que, apretado fuertemente por las patas del animal, estaba despedazado.

Cuando el plantígrado, muerto por los drés Vasling y Herming, aflojó las patas y disparos que con sus pistolas le hicieron An-

soltó el cuerpo de Jocki, éste era cadáver.

—Ya sólo quedamos dos —dijo Andrés Vasling con voz apagada por la cólera—; pero no sucumbiremos sin habernos vengado.

Herming no respondió, pero volvió a cargar su pistola.

Era preciso, ante todo, exterminar el tercer oso.

Andrés Vasling miró hacia adelante y no vió al animal, pero, al levantar luégo la vista, lo distinguió trepando por los flechastes en persecución de Luis Cornbutte.

El miserable Vasling, cuyo rostro reflejaba la más feroz alegría, dejó caer el fusil con que iba a apuntar al animal.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Me debías esta venganza.

Mientras tanto, Luis Cornbutte habíase refugiado en la cofa del trinquete, donde esperaba que la fiera se le acercase.

Cuando ésta, que continuó subiendo, sólo estuvo a seis pies de distancia, Luis Cornbutte con admirable serenidad le apuntó al corazón.

Andrés Vasling, al ver esto, volvió a tomar su fusil para matar a Luis Cornbutte, si llegaba a caer el oso.

El capitán del bergantín disparó efectivamente; pero, sin duda, no tocó al animal, porque éste saltó a la cofa, haciendo mover todo el palo.

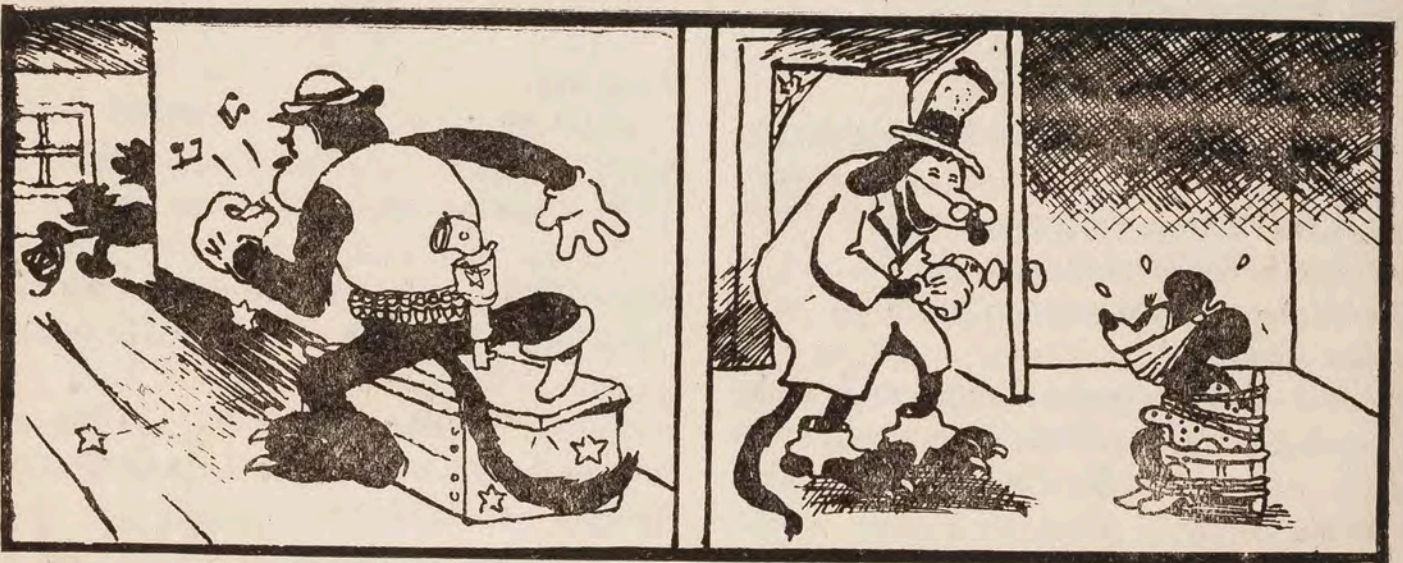
Andrés Vasling prorrumpió en una carcajada de alegría feroz.

—¡Herming! —gritó—. ¡Tráeme a María! ¡Tráeme a mi prometida!

Herming, obedeciendo al punto, bajó la escalera de la cámara.

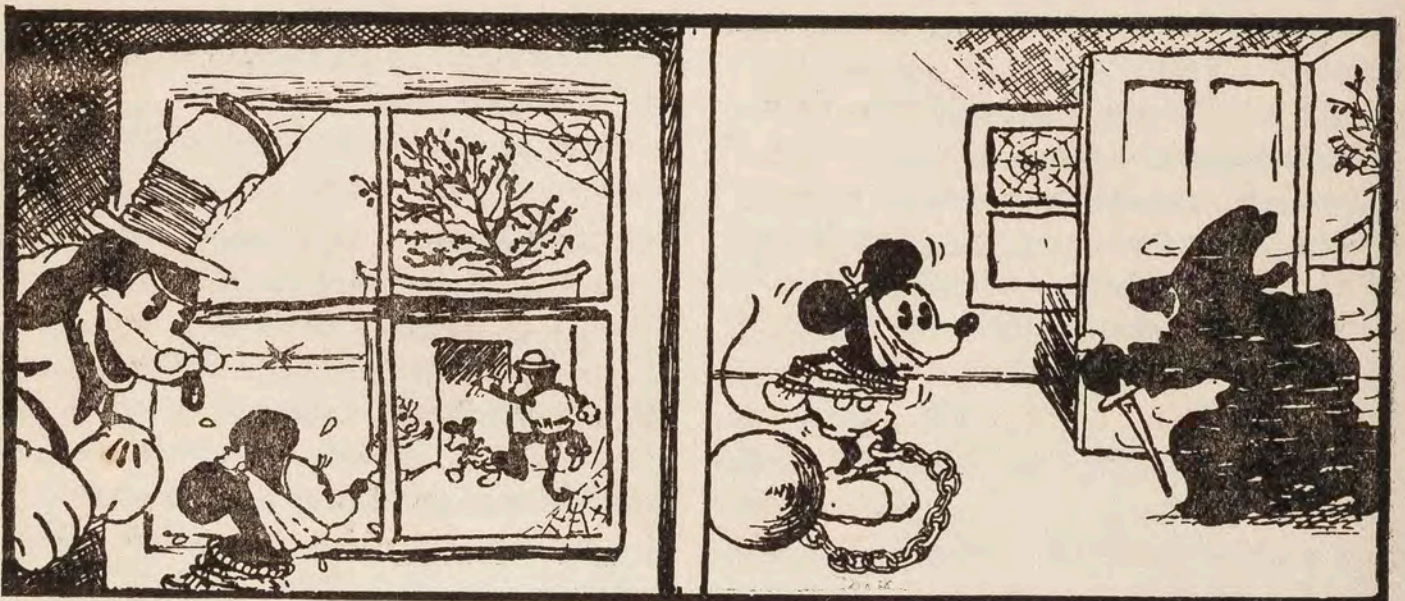
Mientras tanto, la fiera, enfurecida, habíase lanzado sobre Luis Cornbutte, que se retiró a un extremo de la cofa, y, en el momento en que la formidable pata del animal iba a caer sobre su cabeza, se apoderó el marinero de un brandal y, por él, se deslizó hasta el puente. Durante el descenso, silbó una bala en sus oídos. El infame Vasling le había disparado su fusil; pero había errado la puntería. ¡Dios vela siempre por los buenos!

(Continuará).



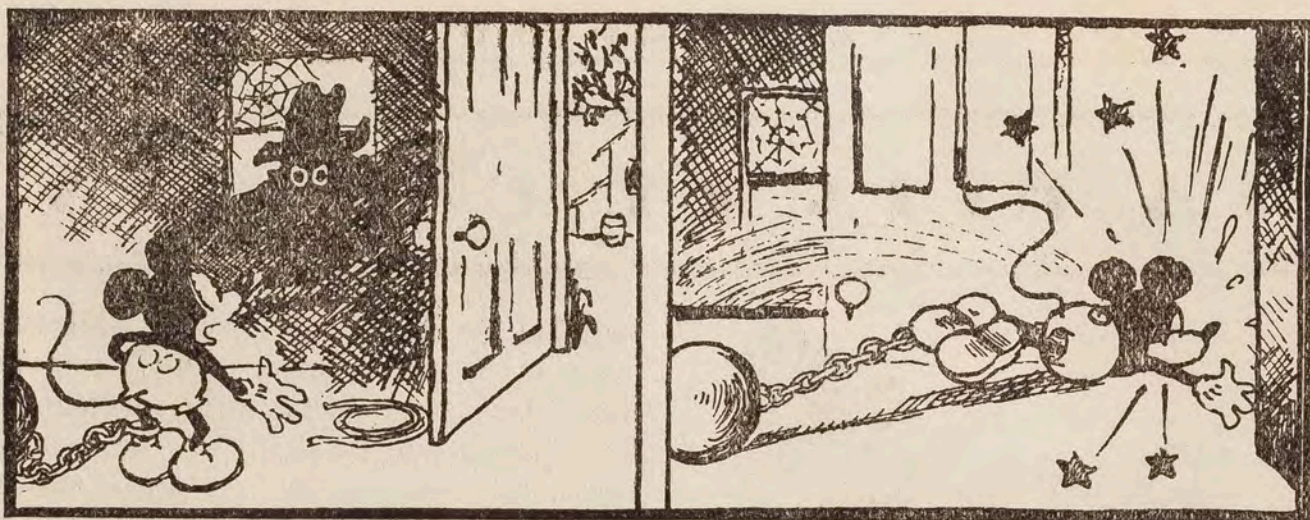
197.—“Por aquí, camaradas, por aquí. Mickey es nuestro.”

198.—“Minnie, Mickey está en nuestro poder. Pero si consientes en firmar lo pondremos en libertad.”



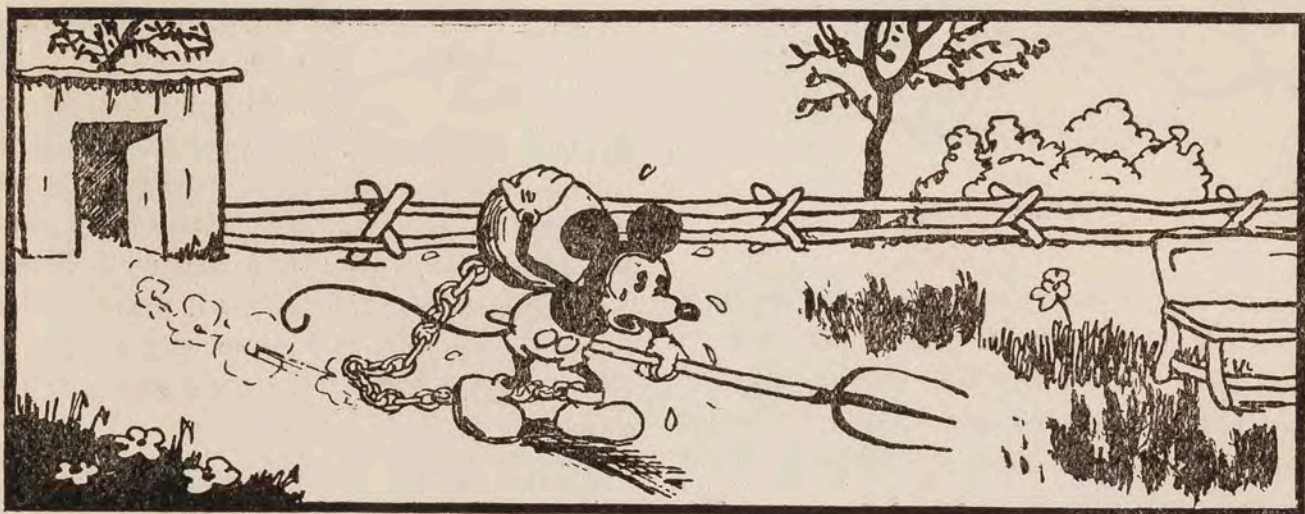
199.—“Ya lo ves. Está prisionero y van a encerrarlo en la cámara oscura, con grillos en los pies.”

200.—“No tiembles, Mickey. Aunque tengo un aspecto espantoso, no voy a hacerte ningun mal, muy al contrario.”



201.—“Ya que te he libertado, córre a socorrer a Minnie. El pícaro notario y sus cómplices quieren obligarla a firmar.”

202.—“Salgo disparado. Ay! ay! Se me olvidaba que estoy encadenado. Miserables.”!



203.—Cómo pesa esto, Dios mío. Me parezco a Atlas llevando sobre sus hombros el mundo. Y el misterioso desconocido que me incitaba a correr....”



204.—(En el mismo instante.) “Firma, Minnie, o le ponemos fuego a la casa. Y además, nunca volverás a ver a Mickey. Vamos, firma. No esperes socorro de nadie.”
—“Permitidme reflexionar un momento más, señor Notario.”

LA HIJA DE CARILÉS



(Continuación).

Había, sin embargo, en su vida algunos momentos en que no se sentía tan satisfecha y que hubiera querido que nunca llegaran. Eran los momentos en que la buena Petronila, que tenía de las realidades de la vida ideas más discretas que Carilés, la hacía sentar en una silla cerca de ella, y le ponía en las manos dos agujas de acero acompañadas de una hebra de algodón que procedía de un ovillo colocado en el bolsillo del delantal de la niña. ¡Un ovillo! Una cosa muy bonita para rodarla por los corredores delante de Mirlitón, que se precipitaba a cogerlo, pero con tal violencia que él también rodaba sobre el ovillo, como si él fuera otro... Aquel juguete tan propio para divertirse con el gato, era un instrumento de suplicio para la niña. Era preciso tener una aguja en cada mano, pasar el algodón entre las dos agujas, formar una malla, pasarla de una aguja a otra, y volver a empezar, y luégo otra vez, y otra vez, y así horas y horas. Esto se llamaba hacer media, y Petronila decía que esta labor era muy necesaria para las mujeres. Para las mujeres sí lo sería; pero Migaja era todavía tan poco mujer...! No comprendía la

utilidad de un trabajo que la obligaba a estar quieta tanto tiempo. La vieja tenía también otra invención tan desagradable como la primera; un día cogió una de esas agujas —¡siempre agujas!— y abrió con mucha seriedad el libro que estaba sobre la mesa al lado de la labor, y empezó a señalar a Migaja los pequeños signos negros de que estaban llenas las hojas, diciéndole al mismo tiempo:

“Esta es la A, esta es la B”, etc. Migaja no veía inconveniente ninguno en que aquellos signos fueran A o B; pero cuando tuvo que buscar letras iguales entre las de cada página, le pareció que aquellas letras bailaban ante sus ojos, y la maestra no pudo obtener de ella más que repetidos bostezos y miradas desesperadas a Mirlitón. Esta escena se produjo varias veces, y Petronila, a pesar de su paciencia, tuvo que decir a Carilés que no había medio de enseñar a deletrear a la interesante niña.

Carilés abrió enormemente los ojos. No le había ocurrido la idea de que fuese útil a la niña aprender las letras, y así lo dijo sencillamente.

—Pero, ¿qué queréis que sepa cuando sea mujer si ahora no aprende?, le preguntó la excelente anciana. No podrá vender molinos toda su vida, y tendrá, sin embargo, que ganar el pan como todo el mundo.

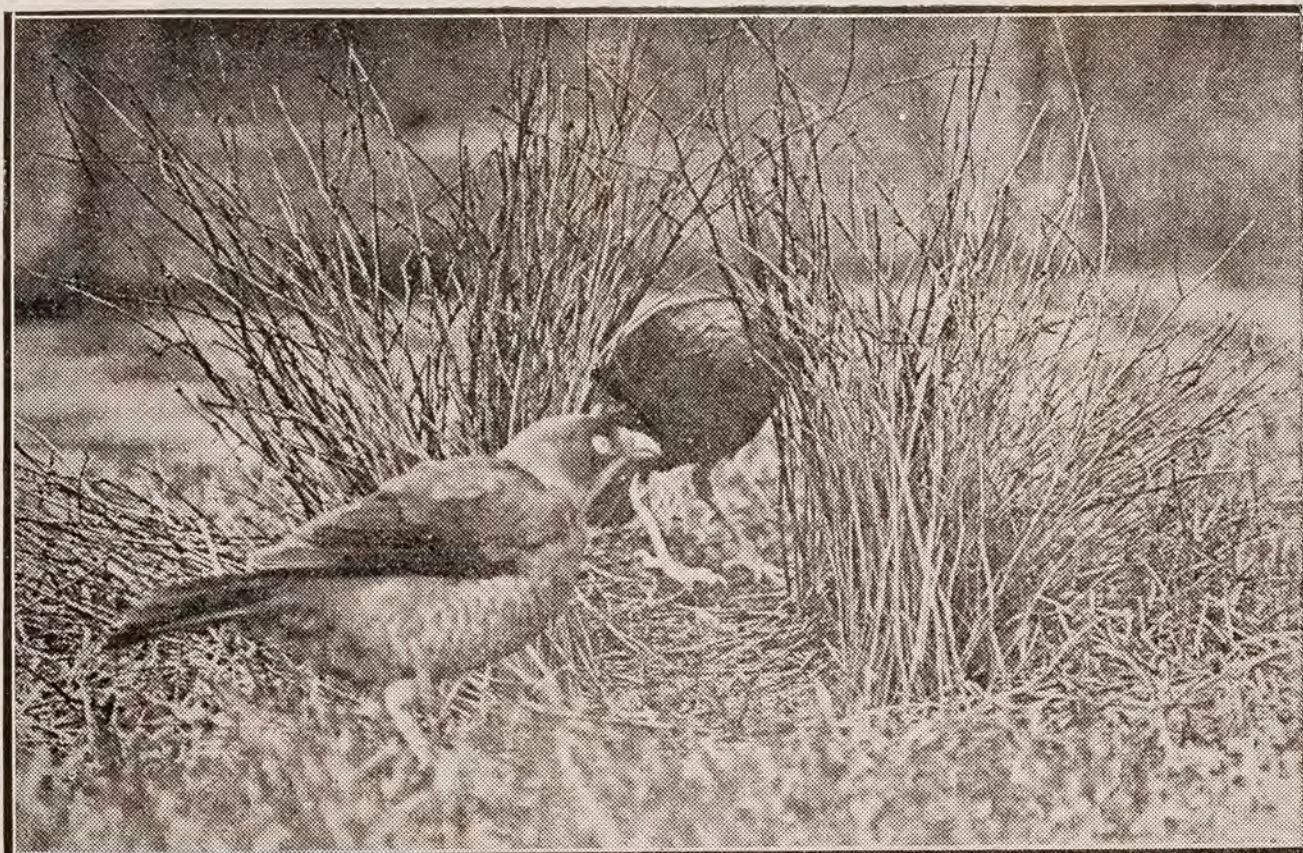
Carilés se echó a reír.

—¡Tóma! pues eso mismo es lo que ella dice. La pobrecita, desde el primer momento, pensó en ganar el pan, y por eso me ayuda, como veis, todo lo que puede.

—Sí, sí, la niña está siempre muy dispuesta a hacer lo que le gusta, como construir molinos y venderlos, pero eso no puede durar toda la vida; es preciso absolutamente que aprenda a trabajar. Debéis enviarla a la escuela.

—¿A la escuela...? ¿Creéis que no sufrirá en la escuela?

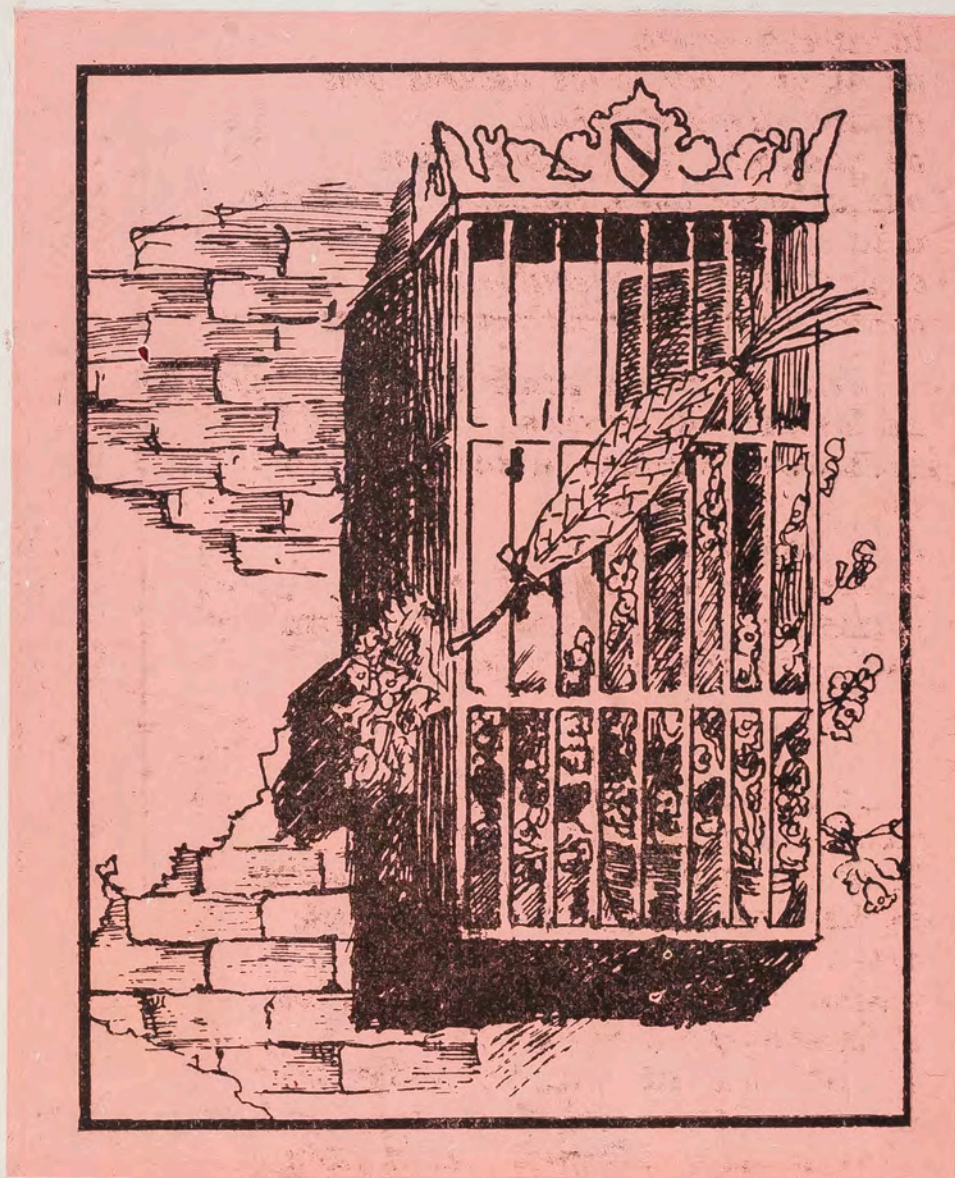
(Pasa a la página 15)



EL TIONORRINCO

El tionorrinco de raso (fotografía inferior), de las vastas llanuras de Nueva Gales del Sur, construye una enramada, verdadera joya de arte, empleando en su construcción ramitas y hierbas y adornado todo con piedras, cáscaras y con lujosas plumas de loros. La enramada es un verdadero túnel de unos treinta centímetros de largo; la construcción corre a cargo del macho, como una especie de obsequio dedicado a la hembra.

En la fotografía superior puede verse el ave en su labor.



La ventana

*Al frente de un balcón, blanco y dorado,
obra de nuestro siglo diez y nueve....
hay en la estrecha calle una muy vieja
ventana colonial. Bendita rama
adorna la gran reja
de barrotes de hierro colosales,
que tiene en lo más alto un monograma
hecho de incomprensibles iniciales.*

*A la lumbre postrera
del sol en Occidente, ¿quién no espera
mirar allí, sombría,
medio perdida en la rizada gola,*

*la cabeza severa
de algún oidor, o los oscuros ojos
de una dama española
de nacarada tez y labios rojos,
que al venir de la hermosa Andalucía
a la colonia nueva
el germen de letal malancolía
por el recuerdo de la patria lleva?*

*¡Pero no, ni las sombras le han quedado
de los que vio perderse en el pasado!
Loca turba infantil la invade ahora;
uno ríe, otro llora.
A la palma bendita
la niña arranca retejada rama,
y mientras uno al compañero llama
con incansable afán, el otro grita.*

*La brisa, dulce y leve
como las vagas formas del deseo
llevó al pasar por los barrotes duros
en las risueñas fiestas de himeneo,
aroma de azahares y de lirios
juramentos de amor, santos y puros;
de mortuorios cirios
el triste olor, las plácidas historias
con que la noble abuela
a rubio nieto adormeció en la cuna,
y la oración que hacia los cielos vuela
suave como los rayos de la luna.
Inútil, allí, a solas
ella miró pasar generaciones
como pasan, con raudo movimiento,
sobre la playa las marinas olas,
en la sombra los coros de visiones
y las aristas leves en el viento,
¡y ora mira la turba de los niños
de risueñas mejillas sonrosadas,
que al asomar tras de la fuerte reja
sonriente semeja
un ramo de camelias encarnadas!*

*¡Ay! Todo pasará: niñez risueña,
juventud sonriente,
edad viril que en el futuro sueña,
vejez llena de afán. . . .*

*. Tal vez mañana
cuando de aquellos niños queden sólo
las ignotas y viejas sepulturas,
aún tenga el mismo sitio la ventana.*

JOSE ASUNCION SILVA

¡UNA SORPRESA!



Al ver este extraño dibujo, podéis adivinar qué representa? Será una cueva de animales feroces? Un bello jardín? Un palacio en que habita una princesa? Un castillo donde hay una dama guardada por dragones y enanos?

Para resolver este enigma no tenéis necesidad de quitar o cortar la página. ¡Basta doblar la línea de puntos A sobre la línea B; la línea C sobre la línea D; y la línea E sobre la línea F. Hecho esto tendréis una agradable e inesperada sorpresa.

LA HIJA DE CARILES

(Viene de la página 10)

—Nó. Tendrá amigas con quienes jugar, y aprenderá a coser, a hacer media, a bordar, a leer, y luégo, dentro de cinco o seis años, podrá iniciar el aprendizaje de un buen oficio. Os habéis encargado de la niña, como si fuerais su padre, estáis obligado a hacer de ella una mujer útil y trabajadora. Cuando no se sabe ganar el pan, se roba; ¿queréis que llegue a ser una ladronzuela? Si no queréis encargarnos de su educación, vale más que la llevéis al hospicio.

Carilés se estremeció.

—Prefiero enviarla a la escuela, dijo. Vamos, no os enfadéis, señora Petronila, va a ir a la escuela, cuando os digo que va a ir... La verdad es, añadió para sí, que es muy difícil esto de educar a una criatura!

CAPITULO XV

La edad sin piedad.

Carilés tomó informes, y supo que había en la vecindad una escuela gratuita para niñas. En un hermoso día de mayo condujo a la escuela a Migaja, que ya llegaba a lo que se llama la edad de la razón, no sin haberle presentado antes las más halagüeñas perspectivas para aficionarla a la escuela; amiguitas que jugarían con ella, y una profesora que le contaría las más halagüeñas y peregrinas historias.

Migaja, temblando un poco, pero confiada en lo que le dijo Carilés, hizo su aparición con su cestita de labor colgada al brazo, en la gran sala cuadrada, de paredes pintadas de amarillo, y en la que había unas cincuenta niñas que clavaban en ella los ojos curiosos. Bajo la terrible impresión de estos cincuenta pares de ojos, Migaja bajó los suyos, y fue a sentarse muy humildita en el sitio que se le indicó, queriendo hacerse más pequeña de lo que era. Nadie le hablaba, pero las niñas cuchicheaban, y Migaja conocía que hablaban de ella, y empezaba a sentir ganas de llorar. Muchas educandas fueron llamadas para leer o re-

citar, y a cada momento la profesora recomendaba a la niña nueva que oyese lo que decían las demás. Migaja oía atentamente y hasta se esforzaba en aprender lo que decían, por más que su débil cerebro estaba muy fatigado. Las moscas revoloteaban zumbando junto a los cristales, el sol brillaba, y la imaginación de la niña volaba lejos, a los muelles bañados de sol, a los puentes, desde donde se veían los barcos y los campos, y donde Carilés paseaba sólo con sus molinos, mientras ella estaba allí encerrada con cincuenta niñas desconocidas... Y todas aquellas voces monótonas que salmodiaban en coro la lección, la arrullaban como la canción de la nodriza. Perdido poco a poco el hilo de sus ideas, su cabecita se inclinó sobre el pecho, y luégo la apoyó en la mesa: Migaja dormía.

Un gran codazo la despertó. Asustada, se puso en pie, y no dándose cuenta cierta de la situación, no oyendo siquiera las risas de las niñas que estaban a su lado, exclamó: "Aquí estoy, padre Carilés".

Toda la escuela respondió a esta salida con una gran carcajada. La profesora, que no se rió, miró severamente a Migaja, y ésta, ya enteramente despierta, se cubrió, avergonzada, la cara con las manos.

—Está bien, por vida mía!, exclamó la profesora, venir a perturbar la clase desde el primer día! Id, señorita, a colocaros en aquel rincón, sola, y así no molestaréis a las demás.

La pobre Migaja obedeció, y no puso atención ninguna a la lección; tenía bastante qué hacer para ahogar sus sollozos. Sonó la campana que anunció la hora del recreo, y las niñas corrieron en busca de sus cestitas, como si no hubieran comido en ocho días. La maestra hizo seña a Migaja de que las podía seguir, y las siguió. Pero no se atrevió a mezclarse en los grupos de las niñas; colocó su cestita en el suelo, en un extremo del patio, y se puso a comer, suspirando, su pan y sus higos. Nadie se acercó a ella; nadie la invitó a jugar. Las niñas pasaban un poco recelosas y la miraban y hablaban misteriosamente. Algunas palabras llegaron a sus oídos.

—¡Es la bruja!

—¿Pero es verdad que es una bruja?

—¡Tóma! ¿Pues no veis que vende escobas...?

—Son plumeros.

—Plumeros y escobillas.

—Todas las brujas tienen escoba, y las brujitas escobillas; eso lo sabe todo el mundo, dijo una de las más traviesas.

—Dicen que el tío Carilés la ha robado.

—Nó, nó; le cayó encima y se le montó en los hombros una noche que pasaba él por debajo de las torres del castillo, y ya no la ha podido soltar.

Y todas se rieron estrepitosamente.

—Hay que pedirle que nos cuente su historia, que supongo la sabrá.

—Sí, sí, que nos la cuente.

Y todo el grupo levantó el vuelo y cayó cerca de Migaja, que se apartó involuntariamente, como si le fuera a caer encima una montaña.

—Chica, ¿cuál es tu nombre?, le preguntó con aire y tono de autoridad una de las grandes de la escuela.

—María Carilés, respondió la niña, dudando un poco, porque estaba más acostumbrada a su sobrenombre de Migaja.

—¿Es tu padre acaso el tío Carilés?

—No, mi padre de verdad se mató dando saltos.

—Anda!, anda!, dando saltos...!

—Oye, y tu madre, le preguntó otra niña maliciosamente, ¿se llama la señora de Carilés?

—Cállate tú, dijo otra a la que acababa de hablar con tanta malicia. ¿Qué es lo que hacía tu madre?, preguntó a Migaja.

—Representaba la pantomima en la feria, contestó la niña con la más encantadora sencillez.

Aumentaron las risotadas.

Migaja no había conservado recuerdos agradables de su familia, y no pensaba mucho en ella; pero en aquel momento la imagen de la pobre titiritera que la desnudaba y la acostaba tan cuidadosamente después de la función, y sin esperar la triste madre a mudarse ella de traje, bañada como esta-

ba en sudor, se le presentó tan profundamente en su imaginación, que la tierna niña creyó sentir en su rostro el frío beso de la enferma, y no pudo contener el llanto.

—¡Llorona! ¡tonta...!, exclamaron las niñas. Nadie juegue con ella... Dejarla ahí...! llorona! llorona...! Vámonos!

Fuéronse, en efecto, y pronto las llamaron a todas a clase, donde Migaja se esforzó durante dos horas en comprender algo de las bonitas historias de la profesora, pensando tristemente en las amables amiguitas que le había dicho Carilés que jugarían con ella. ¿La había engañado el padre Carilés? Y si el padre Carilés la había engañado, ¿de quién podría fiarse ya la pobre niña en este mundo?

Cuando acabó la clase, levantóse Migaja con el apresuramiento con que se levanta de la cama el que, durmiendo, ha tenido una horrible pesadilla. Creía encontrar a Carilés en la puerta, pero no estaba; sin duda habíase detenido en alguna parte. “¿Me habrá abandonado?”, se preguntaba Migaja con profunda tristeza. Se dirigió hacia la calle donde vivía, pero dos brazos abiertos le cerraron el paso.

—¿Has acabado ya de llorar?, le preguntó una de sus perseguidoras.

No hacía falta más para que otra vez salieran a sus ojos las lágrimas, que no estaban lejos.

—Pues si todavía llora, dijo otra educanda, ya no hace falta que llueva.

—Ha oído decir que se va a poner una fuente en esta calle, y ella quiere ser la fuente.

—Pero yo creía que a las brujas no les gustaba el agua.

—Brujilla, ¿qué has hecho de la escobilla?

—Oye, ¿sabes tú hacer la pantomima...? Anda, chica, dá unas piruetas.

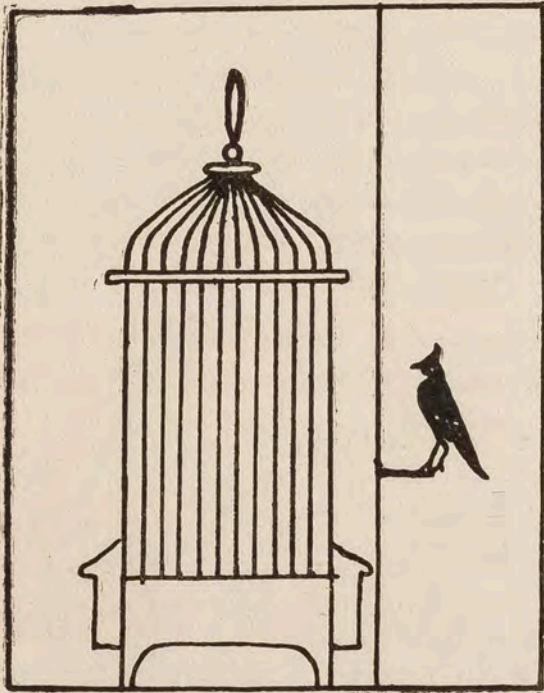
—Báila algo bonito.

—Sí, sí, báila, y nosotras haremos coro y bailaremos también.

Cogiéronse las manos las niñas y se formó el corro.

(Continuará).

CIENCIA RECREATIVA



EL PUNTO CIEGO

Recibe este nombre el punto por el cual el nervio óptico penetra en el ojo y se expansiona en la retina. Este punto no es sensible a la luz, y para darse cuenta de su existencia se puede realizar el sencillo y sorprendente experimento de Mariotte:

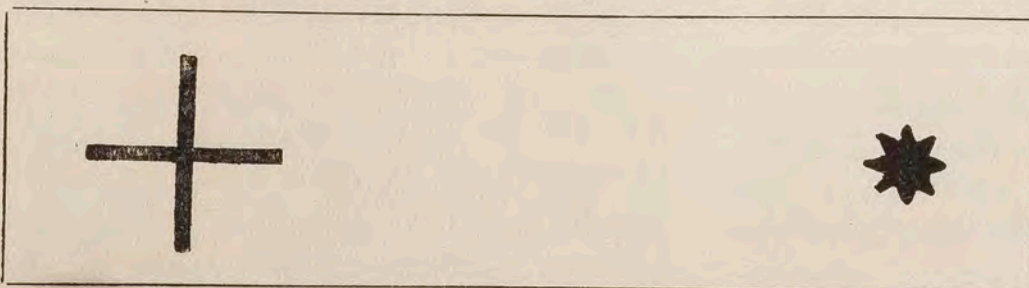
Mirando fijamente con el ojo derecho (manteniendo cerrado el izquierdo), la cruz del grabado se percibirá a un mismo tiempo y simultáneamente la estrella del otro extremo.

Sin dejar de mirar fijamente la cruz, váyase variando lentamente la distancia del ojo al papel, retirando éste, y se observará cómo de pronto, a una distancia determinada, se dejará de ver la estrella. A una distancia mayor o menor la estrella vuelve a ser visible.

La causa del fenómeno estriba en que a la distancia a que la estrella deja de verse, su imagen se forma en la región de la retina llamada punto ciego, que está situada hacia la nariz. El mismo experimento puede realizarse con el ojo izquierdo, invirtiendo el dibujo de manera que la cruz queda a la izquierda y la estrella a la derecha.

EL PAJARO EN LA JAULA

Dibujada sobre un papel una jaula y a la derecha un pájaro, es muy fácil conseguir que éste éntre espontáneamente en la jaula. Basta colocar una tarjeta de visita perpendicular o de filo a lo largo de la línea vertical que separa la jaula del ave (como se ve en el grabado), y acercarse hasta tocar con la punta de la nariz el canto de la tarjeta, de modo que con el ojo derecho se vea el ave y con el otro la jaula. A los pocos momentos se ve al pájaro entrar dócilmente en la jaula y quedarse en ella....hasta que la ilusión desaparece.



UN ESCLAVO QUE SALVO A SU AMO

No fue solamente en Francia cuando en tiempo de la revolución ocurrieron levantamientos populares para derribar a los gobiernos y conquistar la igualdad de derechos para todos los hombres, sino también en otras partes.

El espíritu revolucionario había trascendido a la hermosa isla de Santo Domingo, en las Antillas, donde los habitantes criollos franceses y sus esclavos se dedicaban al cultivo del café, de la caña de azúcar y otras industrias. Un decreto de la Convención Nacional de París estableció la igualdad de blancos y negros en la isla; pero como los criollos no quisieron reconocer tal principio, se sublevaron los esclavos reclamando sus derechos, y se siguió gran derramamiento de sangre hasta que por fin los negros se hicieron dueños del poder.

En la terrible historia de esta guerra ha sobrevivido con honor el nombre de Eustaquio, negro que trabajaba en un ingenio. Aunque ignorante y rudo, era muy inteligente, ingenuo y bueno, y tenía un alto concepto del deber.

Cuando los esclavos se sublevaron contra sus amos y los pasaron a cuchillo, Eustaquio logró salvar la vida a más de cuatrocientos blancos, sin que por ello hiciera traición a sus hermanos de raza. Ayudó a su propio amo, el señor Belin, a embarcarse en un buque que zarpaba para los Estados Unidos, y considerándose aún como esclavo, se embarcó también. El buque fue apresado por un buque inglés, y mientras la tripulación quedaba prisionera, el negro fue declarado hombre libre.

Eustaquio se aprovechó de la ocasión para burlarse de los ingleses y distraer su atención. Libertó y armó a sus compañeros, los cuales blandiendo hachas rindieron a sus aprehensores y siguieron su viaje hasta Baltimore. Allí prosiguió Eustaquio su obra obteniendo seguro asilo para los emigrados blancos.

Su amo el señor Belin, cuando estuvieron en salvo sus compañeros, se aventuró a volver a Santo Domingo y en tal empresa lo acompañó Eustaquio. Pero la vida de los franceses corría peligro aún en la isla, y el señor Belin se vio obligado a huír cuanto antes del interior a la costa. Eustaquio lo perdió de vista, pero procuró poner en salvo parte de sus intereses, y cuando por fin volvió a descubrir el paradero de su dueño, le entregó el caudal, y después de librarle de todo riesgo, se embarcó con él en un buque que salía también para Baltimore.

Uno de los numerosos actos que prueba la devoción que el negro tenía a su amo es la tenaz perseverancia con que se propuso adquirir conocimientos. El motivo que a ello lo impulsó no podía ser más noble. Habiendo notado que su amo iba perdiendo la vista, Eustaquio buscó una persona que le enseñara a leer, y todos los días a las cuatro de la madrugada daba secretamente su lección, con lo cual llegó a servir de lector a su anciano amo.

No es menester decir que agradecido el señor Belin le concedió la libertad y le dejó sus bienes, que Eustaquio invirtió en socorrer a los pobres, aunque él era uno de los

EL NIÑO FILATELISTA

Supongo que los niños que hayan leído esta sección han empezado a sentir gusto por el estudio y el arreglo de las estampillas, y que ya les habrán suplicado a su padre, tíos y amigos de la casa, que no arrojen a la cesta de los papeles viejos los sobres de las cartas que reciban sin haber antes desprendido las estampillas para que pasen a engrosar los álbumes de los coleccionadores.

Y a propósito del álbum, voy a darles un consejo. No empiecen por comprar o pedir que les regalen un álbum grande, porque sería muy inapropiado para una colección pequeña. Además un álbum grande no se puede manejar fácilmente, y el niño, hallando difícil consultarlo, acaba por perder el interés por los sellos de correos. Un álbum pequeño, y hasta un cuaderno en blanco, es lo mejor para un principiante.

Por medio de las estampillas, o con su ayuda, pueden hacerse algunos estudios, como los de historia y geografía, muy atractivos. Al leer en los textos del colegio la historia de alguna guerra importante, o la de alguno de los grandes hombres de la humanidad, es muy interesante buscar en el álbum si hay algunas estampillas que ilustren la batalla que se estudia, o la figura del personaje de que se ha hablado. Entre los estudiantes puede hacerse una apuesta, que ganará el que tenga más estampillas con re-

presentaciones gráficas de los pasajes de historia que se van leyendo o estudiando en la clase.

La geografía se presta también para estudiarla en esta forma. Hay muy pocos países que no tengan en sus sellos de correo alguna ilustración de sus maravillas naturales, monumentos, costumbres agrícolas, etc.

En 1923 la isla de Terranova emitió una serie de estampillas con grabados de sus sitios más hermosos y pintorescos. Asimismo, las principales estampillas de las que están en uso en los Estados Unidos representan bellas escenas y paisajes, como las cataratas del Niágara, la Puerta de Oro, la estatua de la Libertad, etc.

Algunas estampillas llevan también grabados de sus industrias. Hay una colección de estampillas de la China que se refieren a la agricultura de ese país, en una de las cuales se ve un chino con su traje típico recogiendo una cosecha de arroz.

Hay muchos coleccionistas que tienen un número mayor de mapas en sus estampillas que los que aparecen en los textos de geografía. De todo esto se saca en limpio que las estampillas les pueden prestar a los niños un gran servicio como complemento de sus estudios.

Niños, consultad vuestras estampillas que están siempre prontas a enseñaros algo.

más necesitados, puesto que vivía estrechamente de su salario.

Muchos hay que encuentran un verdadero amigo en el negro de corazón bueno. Abundan los hombres

que albergan bajo techo a pobres trabajadores, que socorren a míseros aprendices faltos de recursos, mientras sus mujeres se dedican al cuidado de los niños.

LA RIQUEZA

La posesión de la riqueza no me interesa demasiado vivamente. Pasado el primer impulso de alegría que proporciona, el tedio más profundo cae sobre el sujeto. Me consta. Yo he saboreado durante algún tiempo esa sensación. Por un azar del destino estuvo en mi mano un tesoro, y sé todo lo que puede hacer un hombre ante el cual se abre inesperadamente la puerta de los jardines mágicos de Aladino.

Fue en mi niñez. Apenas diez años. Corría yo sobre un solo pie empujando con la bota una piedrecita plana. Esto no es nada fácil, y mucho menos cuando uno ha contraído en su fuero interno el compromiso de que la piedrecita no se detenga en ninguna juntura de las losas.

Corriendo sobre un pie vi de pronto un duro. Nunca he sufrido una emoción mayor. La presencia de un duro abandonado en medio de la calle, solo, sin dueño, sin tener qué hacer, me pareció una transgresión de las leyes de la naturaleza. Si hubiera visto a mi atlas marchar sin ayuda ajena hacia la clase de geografía, mi sorpresa hubiera sido menor. Miré el duro y se me antojó que el duro me miraba a mí. Acaso porque el afán de propiedad es un instinto, nació en mi cerebro la idea de apoderarme de aquel caudal. Por la calle pasaba mucha gente. Yo conservaba aún la pierna en el aire, y aproveché esta circunstancia para dar unos saltitos más, graciosamente. Ya cerca del duro deposité un pie sobre él. Entonces me incliné como para mirar al suelo. En el suelo no había nada que mereciera atención, y para justificar de alguna manera

mi actitud, comencé a rascar una losa. Un limpiabotas me contempló durante diez minutos y después se alejó preocupado. Recogí rápidamente la moneda y eché a correr.

Ya en sitio seguro, me puse a silbar, como en acción de gracias. Silbaba tan hábilmente, que es seguro que ningún niño de la región me superaba en estridencia; y tan fuertemente, que, cierta vez, el gato que dormía al sol en el alféizar de la ventana, al oírme despertó bruscamente, con el pelo erizado, me miró con terror y de un brinco se lanzó a la calle. No lo volvimos a ver. Nunca se supo tampoco qué fue lo que pudo imaginarse aquel animal.

Pues bien; ya tranquilo, comencé a pensar: "¿Qué haré con este duro? ¿Qué no haré....?" Y no se me ocurría nada. Sin embargo, media hora antes hubiera podido escribir una larga lista de objetos y de diversiones apetecibles. Pero con la riqueza parecía haberse ahuyentado el deseo.

Siempre había creído, hasta aquel momento, amar las avellanas. Mas en aquel momento descubrí que no eran ninguna cosa excepcional, y aun tuve que reconocer con amargura que más de una vez las cáscaras estaban vacías. También ambicionaba el gran caballo normando, de largas crines, que tiraba del carro del carbón. Pero ahora comprendía que era muy grande y que estaba muy sucio, y que no valía la pena de gastar las tres o cuatro pesetas que sin duda me habían de pedir por él sus propietarios, los de la fábrica de gas.

De repente pensé que hacía mu

cho tiempo que proyectaba la compra de anzuelos. Solía pescar unos pequeños peces a la orilla del mar. Eran incomedibles; pero hacía con ellos una sarta, los arrastraba ante las cocheras y los almacenes, y, siguiendo la huella, todos los gatos de la vecindad concluían por reunirse en la escalera de la casa del profesor de geometría, donde yo abandonaba la pesca. Allí maullaban y se acometían rabiosamente bastante tiempo. La geometría era una ciencia insoportable y a mí me gustaba la venganza.

Mis anzuelos eran alfileres torcidos. Muchas veces había reflexionado que si dispusiera de verdaderos anzuelos, la pesca sería mayor. Ahora podría adquirirlos sin que

quedara uno en las tiendas de la ciudad, hasta aquellos que tenían una mosca de alambre, y coger tantos peces que todos los gatos de la provincia estuvieran riñendo seis días seguidos en las escaleras del profesor, y haciendo cola en la calle.

Sin embargo, la misma posibilidad de esta abundancia me fatigó. Tampoco compré los anzuelos; ni compré nada. Anduve mucho tiempo preocupado, temiendo que descubrieran que poseía un duro. Al fin lo escondí al pie de un árbol, en un jardín público, dentro de una caja de pastillas para la tos.

Nunca volví por él.

Aquel día silbé tan fuertemente que se fue nuestra criada.

FERNANDEZ FLOREZ

**Tos
Ferina**

"TUSSIVA"

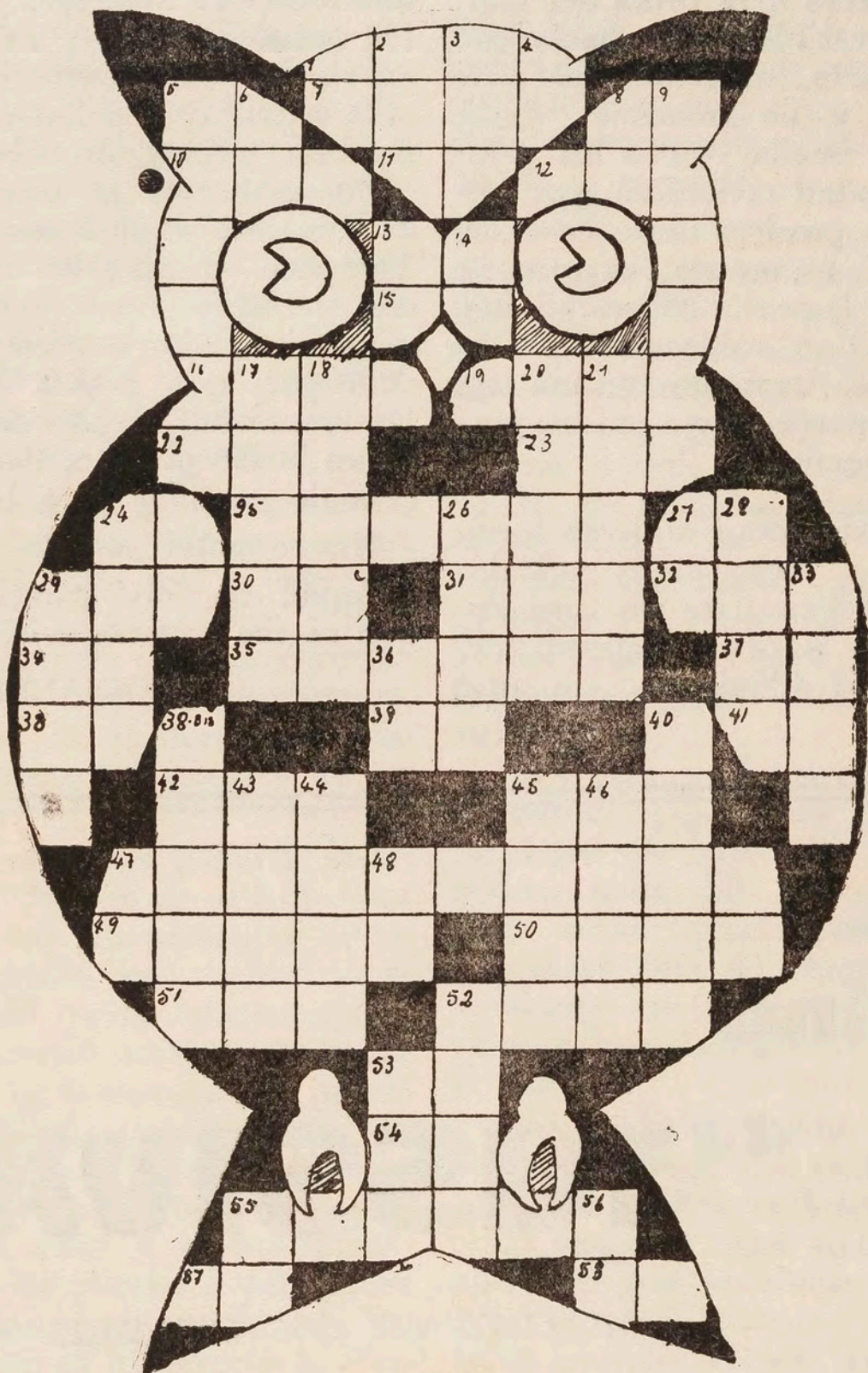
la cura en dos semanas y calma los accesos inmediatamente.

CAMACHO ROLDAN & CIA. S. A.

Unicos distribuidores.

7-50, Calle 12.— Teléfono 97-80 — Apartado 199

CRUCIGRAMA



Horizontales:

- 1—Fragancia.
 5—Dativo del pronombre personal de primera persona.
 7—Apellido de la Directora de CHANCHITO.
 8—Artículo femenino.
 10—En las aves.
 11—Del verbo saber.
 12—Par.
 13—Voz de mando.

- 15—Del verbo saber.
 16—En el mar. Pl.
 19—Fanal que se coloca en las costas para guiar los buques.
 22—Existir.
 23—Mar en francés.
 24—Artículo definido.
 25—Períodos de tiempo.
 27—Voz de mando.
 29—Del verbo osar.
 30—Oro en francés, invertido.

- 31—Juguete.
 32—Elemento indispensable en las comidas.
 34—Sociedad Occidental, iniciales.
 35—General cartaginés, el primero que pasó los Alpes.
 37—Nota musical.
 38—Pronombre.
 39—Letra griega.
 41—Igual al 27.
 42—Llave, en francés.
 45—Dos.
 47—Nombre de una simpática revista infantil. Pl.
 49—Divide.
 50—Adverbio que significa cerca de, poco más o menos.
 51—Mujer condenada.
 52—Preposición.
 53—Del verbo ir y del verbo ver.
 54—Del verbo ser.
 55—Ave de rapiña y moneda de oro de Chile.
 57—Igual al 5.
 58—Artículo definido.

Verticales:

- 1—Lengua antigua del sur de Francia.
 2—Artículo fem. Pl.
 3—Del verbo orar.
 4—Oro en francés, al revés.
 5—Trastornos o vértigos.
 6—Pronombre personal.
 8—Artículo neutro.

- 9—Varilla de hierro donde se coloca la carne para asarla.
 13—En la baraja.
 14—Nota musical.
 17—Del verbo leer.
 18—Instrumento para pescar ballenas.
 20—Querrá.
 21—Reverberación del sol.
 24—Pronombre demostrativo. Pl.
 26—Extremidad de alguna cosa y grado militar.
 27—En los dados.
 28—Parte de un árbol.
 29—Plantígrados.
 33—Instrumento de los poetas.
 36—Trasladarse de un lugar a otro.
 38—Bis—Arrojar.
 40—Lo que no es verso.
 43—Apellido.
 44—Persona boba.
 45—Garrocha del picador de toros.
 46—Amarrar.
 47—Compañía protectora, iniciales.
 48—Nombre de consonante.
 52—Moneda colombiana.
 53—Del verbo ver.
 55—Nombre de consonante.
 56—Nota musical.

Soluciones:

Por la del crucigrama franco-español, mereció el premio Beatriz Martínez Rojas.
 Por la del crucigrama anglo-español, Ernesto Luis Angel.

VISTA DOBLE

Coloquemos un lápiz sobre la mesa, e interpongamos entre ella y nuestra vista, a mitad de distancia aproximadamente, una hoja de papel o cartulina en que hayamos practicado una larga y estrecha abertura.

Disponiendo la abertura paralelamente al lápiz, y moviendo la hoja transversalmente, anotamos las veces que la abertura nos deja ver el lápiz: observamos que son dos las veces, es decir, son dos las posiciones de

la tarjeta correspondientes a la visualidad del lápiz a su través.

Para reconocer la causa de esta doble visión, mantengamos la hoja en una de las posiciones en que permite ver el lápiz, y cerremos alternativamente el ojo derecho y el izquierdo: así notaremos, por ejemplo, que el lápiz sólo es visible para el ojo izquierdo; en cambio, en la segunda posición de la abertura, el lápiz sólo será visible para el ojo derecho.

LEER ES ILUSTRARSE

ILUSTRARSE ES CONTRIBUIR
AL ENGRANDECIMIENTO DE
LA PATRIA

BIBLIOTECA INFANTIL

ALLI ENCONTRARAN LOS NIÑOS
ESTAS OBRAS:

Cuentos del abuelito
Vida de Jesucristo
Episodios de Historia Sagrada
Cuentos para niños
Vidas de hombres célebres
Episodios históricos
El libro de las maravillas
Tardes de Otoño
Los hijos del héroe
Flores de juventud
Verdades y fantasías
Desconocidas aventuras de Teresa Panza

Y muchas novelas de aventuras, narraciones, libros
de ciencia y de arte escritos especialmente para
los niños.

HORAS DE LECTURA:

DIAS MARTES A SABADO, DE 9 A.M., A 12 M., Y DE
2 1/2 P.M., A 5 P.M.

DOMINGOS, DE 10 A.M., A 12 M.

LUNES NO SE ABRE.

NIÑOS

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICE USTED ALGO DE LO QUE GANA
TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS
A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA AL-
CANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

BANCO CENTRAL HIPOTECARIO

Cédulas de Acumulación, de
Capitalización y de Renta.

**Asegure
el porvenir
de sus hijos** !

CONSIGNE UD. \$ 8.07 el 1.º de cada mes y al fin del año recibirá una cédula de \$ 100.00.

CONSIGNE UD. \$ 3.61 al principio de cada semestre y a los diez años recibirá \$ 100.00

CONSIGNE UD. \$ 100.00 y a los veintitrés años y medio recibirá \$ 400.00.

CONSIGNE UD. \$ 1.000.00 y después de cinco años se habrá asegurado una renta mensual.

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

**Cinco sorteos y cinco premios mayores
CON SOLO UN BILLETE**

10.000 PREMIOS

**GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO**